

EL SERVICIO PARA LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA

(Día del Señor: primera sesión de la mañana)

Mensaje siete

Servir a Dios mediante la oración que es conforme a Su corazón y Su voluntad

Lectura bíblica: Ef. 6:18; Ez. 36:37; Is. 62:6-7; 1 Jn. 5:14-16a; Mt. 6:5-6, 9-15; 26:39

- I. En el universo existen tres voluntades: la voluntad divina, la voluntad satánica y la voluntad humana; Dios desea que la voluntad del hombre esté unida a Él y sea uno con Él a fin de que el hombre pueda expresar Su voluntad y hacer eco a ella en oración a Él para Su beneplácito—Is. 14:12-15; Mt. 6:10; 7:21; 26:39; Fil. 2:13:**
- A. El árbol de la vida representa a Dios con Su voluntad divina, el árbol del conocimiento del bien y del mal representa a Satanás con su voluntad satánica, y Adán representa al hombre con su voluntad humana; hemos perdido muchas bendiciones espirituales porque no hemos expresado la voluntad de Dios, conforme al principio del árbol de la vida, por medio de nuestras oraciones—Gn. 2:9.
 - B. Un verdadero hombre de oración es uno cuyos deseos están completamente mezclados con los deseos de Dios y cuyos pensamientos son completamente uno con los pensamientos de Dios; él es un hombre en quien los deseos de Dios están grabados, un hombre de revelación cuyo corazón es una duplicación del corazón de Dios—1 S. 2:35; 3:21; 12:23.
 - C. Las oraciones que se originan en nuestras necesidades para satisfacer nuestra propia concupiscencia podrían recibir respuesta de parte de Dios, pero ellas no tienen valor espiritual alguno, y llegaremos a ser débiles delante de Sus ojos y desagradables a Él—Sal. 106:14-15; cfr. Nm. 11:18-35.
 - D. Únicamente las oraciones que son iniciadas por Dios y que hacen eco a lo que Él ha iniciado tienen algún valor espiritual; debemos aprender a orar esta clase de oración—Ef. 6:18; Ez. 36:37; Is. 62:6-7; 1 Jn. 5:14-16a.
 - E. Cuando acudimos al Señor en oración, necesitamos permitir que el Espíritu mezcle nuestros deseos con Sus deseos, que dirija nuestros pensamientos y los introduzca en Sus pensamientos, y que grave Sus deseos y pensamientos en nuestro interior; entonces las oraciones que expresemos a Dios junto con Sus deseos interiores serán preciosas, de peso y valiosas a Él, y harán que Satanás sufra pérdida—Ro. 8:26-27; Fil. 4:6; Col. 4:2, 12; Mr. 9:28-29; Ef. 6:10-20.
 - F. El verdadero significado de la oración y de toda obra espiritual es que consisten de cuatro pasos:
 - 1. Dios tiene la intención de hacer algo conforme a Su voluntad.
 - 2. Él nos revela Su voluntad por medio del Espíritu para que conozcamos Su voluntad.
 - 3. Nosotros le devolvemos y hacemos eco a Su voluntad mediante la oración.
 - 4. Dios lleva a cabo Su obra conforme a Su voluntad.
 - G. Dios necesita que el hombre ejercite su espíritu con su voluntad resucitada para

orar conforme a la voluntad divina de Dios a fin de que manifestemos y disfrutemos a Cristo, que pongamos en práctica la vida del Cuerpo y que edifiquemos el Cuerpo de Cristo—He. 10:5-10; Ro. 12:1-2; Ef. 1:4-6, 9, 11, 22b-23; 3:16-19; 4:16.

H. Necesitamos orar conforme al deseo de Dios y Su voluntad para el cumplimiento de Su economía; entonces tendremos la certeza de que hemos recibido aquello por lo cual hemos orado—Mr. 11:22-26.

II. La oración de Ana fue un eco, una enunciación, del deseo del corazón de Dios; ésta fue la cooperación humana con el mover divino para que la economía eterna de Dios fuese llevada a cabo—1 S. 1:10-20:

A. Dios podía motivar a Ana por ser ella una persona que era uno con Él en la línea de vida; la línea de vida es una línea que produce a Cristo para el disfrute del pueblo de Dios, de tal modo que en la tierra Dios pueda obtener Su reino, que es la iglesia como Cuerpo de Cristo, el organismo del Dios Triuno—Jn. 10:10; Mt. 16:18-19; Ro. 14:17-18; Ef. 1:22-23.

B. Siempre y cuando Dios cuente con una persona que es uno con Él en la línea de vida, Él podrá avanzar aquí en la tierra; la oración de Ana indica que el mover de Dios y Su respuesta a aquella oración consistía en producir un nazareo, un vencedor, entregado de manera absoluta a cumplir el deseo de Dios—1 S. 1:19—2:11.

III. Elías, un “hombre de sentimientos semejantes a los nuestros [...] oró en oración”—Jac. 5:17 (lit.):

A. El Señor le dio a Elías una oración, en la cual él oró; él oró en la oración que el Señor le dio para llevar a cabo Su voluntad.

B. Elías no oró conforme a su sentimiento, pensamiento, intención o disposición ni ninguna clase de motivación que surgiera de ciertas circunstancias o situaciones para lograr su propio propósito.

IV. Daniel fue un hombre de oración que estaba unido al deseo de Dios mediante la palabra de Dios; sólo aquellos que se unen a la palabra de Dios para orar oraciones propias de la economía de Dios pueden ser verdaderamente útiles a Dios—Ef. 6:17-18; Dn. 9:2-3, 17:

A. La expresión máxima de un hombre que coopera con Dios se ve en la oración; tal hombre es un varón de preciosidad para Dios, incluso la preciosidad misma—10:11, 19; 9:23.

B. Daniel dependió de la oración para hacer lo que el hombre no podía hacer, y él dependió de la oración para entender lo que el hombre no podía entender—2:14-23; 6:10; 10:1-21.

V. Abraham vivió en íntima comunión con Dios y se convirtió en amigo de Dios; incluso antes de la encarnación Jehová, como Cristo, se le apareció a Abraham en forma humana, con un cuerpo humano, y tuvo comunión con él en un nivel humano—Gn. 13:18; 18:1-2, 13-15, 22; Jac. 2:23; 2 Cr. 20:7; Is. 41:8:

A. La gloriosa intercesión que Abraham efectuó ante Dios fue una conversación humana e íntima sostenida por dos amigos, una charla íntima en conformidad con la revelación del deseo del corazón de Dios—Gn. 18:1-33; Ro. 4:12; 1 Ti. 2:1, 8; Mt. 6:6.

- B. Mientras Abraham disfrutaba una comunión dulce con Dios, él recibió una revelación de parte de Él acerca del nacimiento de Isaac y la destrucción de Sodoma—Gn. 18:9-22:
 - 1. Esto muestra que la intención de Dios consiste en forjar a Cristo en nosotros, producir a Cristo por medio nuestro y destruir la “Sodoma” en nuestra vida familiar, nuestra vida laboral y nuestra vida cristiana y de iglesia—Gá. 1:15-16; 2:20; 4:19; 1 Co. 5:7-8.
 - 2. En la comunión íntima que tenemos con Dios, recibimos la revelación de que con Cristo todas las imposibilidades llegan a ser posibilidades—Gn. 18:14-15; 21:2-7; Lc. 18:27.
- C. Dios le reveló a Abraham Su intención de destruir a Sodoma porque buscaba un intercesor—Gn. 18:17-22; cfr. He. 7:25; Is. 59:16; Ez. 22:30.
- D. Génesis 18 presenta una revelación clara de los principios básicos de la intercesión:
 - 1. La intercesión apropiada no es iniciada por el hombre, sino por la revelación que Dios imparte; por tanto, tal intercesión expresa el deseo de Dios y lleva a cabo la voluntad de Dios—vs. 17, 20-21; 19:27-29; Sal. 27:4-8; He. 4:16; 7:25.
 - 2. Aparentemente, Abraham intercedía por Sodoma; en realidad, él intercedía por Lot de manera implícita (Gn. 14:12; 18:23; 19:1, 27-29), lo cual nos muestra que deberíamos interceder por el pueblo de Dios que se ha desviado hasta llegar al mundo.
 - 3. La intercesión es una conversación íntima que se tiene con Dios conforme a la intención interior de Su corazón; para esto debemos aprender a permanecer en la presencia de Dios—18:22-33.
 - 4. La intercesión está en conformidad con la manera justa de proceder de Dios; en la intercesión efectuada por Abraham a favor de Lot, él no le rogó a Dios conforme a Su amor y gracia; más bien, él desafió a Dios en conformidad con Su manera justa de proceder—vs. 23-25; Ro. 1:17.
 - 5. La intercesión de Abraham no concluyó con las palabras de Abraham, sino con las palabras de Dios, lo cual muestra que en la genuina intercesión es Dios quien habla en nuestro hablar—Gn. 18:33; Ro. 8:26-27.

VI. El modelo de oración que el Señor le enseñó a los discípulos en Mateo 6 es la oración que expresa la voluntad de Dios—vs. 9-15:

- A. El principio propio de la oración consiste en orar en secreto para que seamos vistos por nuestro Padre que ve en lo secreto; necesitamos orar al Señor, adorar al Señor, contactar al Señor y tener comunión con el Señor de una manera secreta—vs. 5-6:
 - 1. Lo que más nos impide crecer en vida es el yo, y el yo disfruta hacer cosas en exhibición pública para recibir gloria de los hombres—Jn. 5:44; 12:43.
 - 2. Si vivimos en virtud de la vida escondida del Padre, podemos orar mucho, pero los demás no sabrán cuánto hemos orado—Is. 45:15.
- B. En Mateo 6:9-13 vemos las instrucciones que el Señor nos dio para que “oremos así” al “Padre nuestro que está en los cielos” (v. 9a); este modelo de oración se puede dividir en tres secciones:
 - 1. Las tres oraciones básicas en cuanto a Dios tienen que ver con la Trinidad Divina: “Santificado sea Tu nombre” está relacionado principalmente con

el Padre; “Venga Tu reino”, con el Hijo; y “Hágase Tu voluntad”, con el Espíritu—vs. 9b-10a:

- a. Esto se cumple en esta era y se cumplirá completamente en la era del reino venidero, cuando el nombre de Dios será excelente en toda la tierra, cuando el reinado sobre el mundo pasará a Cristo, y cuando la voluntad de Dios será realizada—Sal. 8:1; Ap. 11:15.
 - b. Después de la rebelión de Satanás y la caída del hombre, Cristo vino a traer el dominio celestial a la tierra para que ésta fuese recobrada de acuerdo con los intereses de Dios, a fin de que Su voluntad fuese hecha así en la tierra como en el cielo (Mt. 6:10b); el pueblo del reino debe orar por esto hasta que la tierra sea completamente recobrada para la voluntad de Dios en la era del reino venidero.
2. Las tres peticiones con respecto a nuestra necesidad son oraciones de protección: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del maligno”—vs. 11-13a:
- a. La expresión *pan nuestro de cada día* indica una vida por fe; deberíamos vivir por la fe, del suministro diario del Padre.
 - b. Las personas del reino deben pedir al Padre que les perdone sus deudas, sus fracasos, sus transgresiones, del mismo modo en que ellas han perdonado a sus deudores, a fin de mantener la paz (mediante la paz de Cristo que es el árbitro en nuestros corazones); necesitamos despejar todos los factores que separan que hay entre nosotros y Dios, y entre nosotros y los demás—vs. 14-15; Col. 3:15.
 - c. Puesto que conocemos nuestras debilidades, le deberíamos pedir al Padre que no nos meta en tentación, sino que nos libre del maligno, el diablo, y del mal que proviene de él (al ser nosotros llenos del Espíritu)—Jn. 17:15; Ef. 5:16-18; 6:13.
3. La oración hecha al Padre concluye con tres alabanzas reverentes a manera de oraciones de exaltación: “Porque Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amen”; el reino es del Hijo, que es la esfera donde Dios ejerce Su poder, y el poder es del Espíritu, que lleva a cabo la intención de Dios a fin de que el Padre tenga Su expresión corporativa en gloria—Mt. 6:13b:
- a. Por tanto, el modelo de la oración que hizo el Señor comienza con la Trinidad Divina y termina con la Trinidad Divina.
 - b. También comienza con Dios el Padre y concluye con Dios el Padre; Dios el Padre es el principio y el fin, el Alfa y la Omega.
- C. Tal oración crítica aumenta nuestra búsqueda del reino de los cielos, que es el deseo del corazón del Padre, y nos da el suministro divino de gracia que necesitamos a fin de cumplir con todos los requisitos supremos y estrictos del reino de los cielos para el beneplácito de Dios.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

LA RESPONSABILIDAD DE LA IGLESIA POR EL LADO NEGATIVO

De los doce aspectos de la iglesia mencionados en Efesios, los principales son el nuevo

hombre, la novia y el guerrero. El nuevo hombre incluye el aspecto del Cuerpo, y el Cuerpo incluye la plenitud y la morada. Por tanto, los primeros diez aspectos de la iglesia están incluidos en el nuevo hombre, quien cumple el propósito eterno de Dios y lleva a cabo Su economía. El Dios Triuno usa al nuevo hombre para efectuar lo que planeó en la eternidad pasada con miras a la eternidad futura. Sin embargo, aunque el plan de Dios se lleva a cabo con el nuevo hombre, todavía es necesario que el deseo de Cristo sea satisfecho, y que el enemigo de Dios sea derrotado. Por consiguiente, es necesario que la iglesia sea tanto la novia como el guerrero.

El pasaje que se extiende de 1:1 a 6:9 completa la revelación acerca de la iglesia con miras al cumplimiento del propósito eterno de Dios por el lado positivo. No obstante, por el lado negativo, es decir, en cuanto a derrotar al enemigo de Dios falta algo más. Por el lado positivo, en los primeros cinco capítulos, la iglesia es descrita de muchas maneras con relación al cumplimiento del propósito eterno de Dios; por el lado negativo, el capítulo 6 presenta la iglesia como un guerrero para derrotar al enemigo de Dios, el diablo. Para lograr esto, la iglesia debe vestirse de toda la armadura de Dios.

En 1928 el hermano Nee celebró su primera conferencia para vencedores, cuyo tema fue la batalla espiritual. En esa conferencia, Satanás, el maligno, quedó completamente al descubierto. El hermano Nee dijo que en el universo existen tres voluntades: la voluntad divina, la voluntad satánica y la voluntad humana. Si queremos saber cómo la iglesia puede ser el guerrero de Dios para combatir la batalla espiritual, debemos conocer estas tres voluntades, estas tres intenciones. La voluntad de Dios, por existir en sí misma, es eterna, increada. Los ángeles, como seres creados, también tienen una voluntad. Uno de ellos, un arcángel, fue designado por Dios para gobernar el universo que existía antes de la creación de Adán. Debido a su alto rango y a su belleza, este arcángel se enorgulleció, y ese orgullo dio lugar a una intención maligna, la cual vino a ser la voluntad satánica. Por lo tanto, además de la intención de Dios, la voluntad de Dios, hay una segunda intención, una segunda voluntad, pues ahora la voluntad satánica se opone a la voluntad de Dios.

Toda batalla tiene su origen en este conflicto de voluntades. La guerra no existía en el universo antes de que la voluntad satánica se levantara en contra de la voluntad divina. La controversia en el universo comenzó cuando el arcángel se rebeló en contra de Dios. Esa rebelión marcó el comienzo de toda lucha que ahora se libra entre naciones, en la sociedad, en la familia y en individuos. En el transcurso de la historia siempre ha habido guerras entre naciones, grupos, personas e incluso dentro del individuo mismo. Por ejemplo, posiblemente usted experimenta una batalla interna entre la razón y la concupiscencia. Todas las diferentes clases de guerra tienen su origen en la controversia entre la voluntad divina y la voluntad satánica.

No sabemos cuánto tiempo haya transcurrido desde la rebelión de Satanás hasta la creación de Adán. Lo que sí sabemos es que en cierto momento, Dios creó al hombre y lo dotó con una voluntad humana que era libre. El hecho de que Dios le diera libre albedrío muestra cuán grandioso es Dios. Una gran persona jamás obligaría a nadie a seguirle. Al darle al hombre libre albedrío, Dios daba a entender que no le obligaría a obedecerle. Cuando yo era joven, pensaba que Dios no había sido sabio al crear al hombre con libre albedrío. Si yo hubiera sido Dios, no le habría permitido escoger; le habría creado de tal manera que no tuviera más opción que seguir a Dios. Sin embargo, Dios, en Su grandeza, le dio al hombre libertad de elegir.

En Génesis 2 vemos que el hombre era libre de ejercer su voluntad para comer ya sea del

árbol de la vida o del árbol del conocimiento del bien y del mal. Estos dos árboles representan la voluntad divina y la voluntad satánica respectivamente. Por consiguiente, en el huerto había una situación triangular; ahí estaba el árbol de la vida, que representaba la voluntad divina, el árbol del conocimiento del bien y del mal, que representaba la voluntad satánica, y Adán, que representaba la voluntad humana. De hecho, el árbol de la vida representa a Dios mismo y el árbol del conocimiento representa a Satanás. Por consiguiente, estaban presentes tres personas —Dios, Satanás y el hombre— y cada una de ellas poseía una voluntad propia.

Aunque había tres voluntades, la controversia sólo involucraba a dos personas: Dios y Satanás. Lo crucial era si el hombre escogería la voluntad divina o la voluntad satánica. Si la voluntad humana elegía la voluntad divina, entonces la voluntad de Dios se cumpliría; pero si elegía la voluntad satánica, la voluntad de Satanás se llevaría a cabo, al menos temporalmente. Como todos sabemos, la voluntad humana se puso del lado de la voluntad satánica, o sea, que el hombre escogió seguir a Satanás y aliarse a la voluntad satánica. Por consiguiente, Satanás obtuvo temporalmente la victoria.

Sin embargo, por medio del arrepentimiento, el hombre puede volverse de la voluntad satánica a la voluntad divina, del lado de Satanás al lado de Dios. El primer mandamiento que se da en los Evangelios es arrepentirse. Los siguientes dos mandamientos son creer y ser bautizado. Cualquier pecador que desee ser salvo tiene que obedecer estos tres mandamientos. Debe arrepentirse ante Dios, creer en el Señor Jesús y ser bautizado en agua. Arrepentirse es dar un giro de la voluntad satánica a la voluntad divina. Desde que nacimos, nuestra voluntad ha estado del lado de la voluntad satánica. Esto se debe a que nosotros estábamos en Adán cuando éste escogió la voluntad de Satanás en lugar de elegir la voluntad de Dios.

Muchos cristianos no conocen el verdadero significado de la predicación del evangelio. La Biblia dice que tenemos que arrepentirnos por causa del reino (Mt. 4:17). El reino de Dios es en realidad el ejercicio de la voluntad divina. Cuando los pecadores se arrepienten por causa del reino de Dios, ellos se vuelven del lado de Satanás al lado de Dios, el cual es el reino de Dios, la voluntad de Dios. Una vez que la persona se torna de la voluntad satánica a la voluntad divina, debe creer en el Señor Jesús y ser bautizada. Por medio del bautismo, ella es librada de la autoridad de las tinieblas, de la voluntad satánica, y trasladada al reino del Hijo del amor de Dios (Col. 1:13).

Desde el día en que fuimos salvos, nuestra vida cristiana ha sido una batalla. Esto mismo les ocurrió a los hijos de Israel después de su éxodo fuera de Egipto. Habiendo comido la Pascua, salieron de la tierra de Egipto como un ejército. Esto indica que comer el cordero pascual fue su preparación para la guerra; fueron salvos en medio de un ámbito de guerra. Tan pronto salieron de Egipto, comenzó la lucha. Faraón y sus carros persiguieron a los hijos de Israel, pero Dios intervino y luchó por ellos. Después que los hijos de Israel atravesaran al mar Rojo y vieran la derrota del ejército de faraón, el pueblo de Dios triunfalmente alabó a Dios por Su victoria sobre el enemigo. Los israelitas tuvieron que combatir para poder cruzar el desierto, y esta lucha continuó en la buena tierra. Su historia revela que la vida de una persona salva es una batalla continua.

Ya vimos que como nuevo hombre, la iglesia debe andar conforme a la verdad y mediante la gracia; y que como novia, debe vivir en amor y en luz. Sin embargo, no sólo se debe cumplir el propósito eterno de Dios y satisfacer el deseo del corazón de Cristo, sino que también que el enemigo de Dios debe ser derrotado. Para esto, la iglesia tiene que ser un guerrero. Incluso en El Cantar de los Cantares se ve que al mismo tiempo que la que busca al Señor disfruta Su

presencia, se desarrolla una lucha. Por consiguiente, andamos conforme a la verdad y por la gracia, vivimos en amor y en luz, y peleamos para subyugar la voluntad satánica. Nuestro andar es para el cumplimiento del propósito de Dios, nuestro vivir es para la satisfacción de Cristo y nuestra lucha es para derrotar al enemigo de Dios. Por lo tanto, para estos tres objetivos, la iglesia debe ser el nuevo hombre, la novia y el guerrero. (*Estudio-vida de Efesios*, págs. 532-536)

EL MINISTERIO DE ANA

Hay muchos puntos en la historia de Israel que son similares a la historia de la iglesia. Al principio de la historia de Israel vemos a Aarón como sacerdote que representaba al hombre delante de Dios y a Moisés que representaba a Dios delante del hombre. Esta etapa no duró mucho tiempo. Poco después que entraron a la tierra, ellos fueron regidos por jueces. Su vida nacional estaba en un nivel muy bajo. Vemos que ellos continuamente caían en pecado y en el castigo por medio de sus enemigos. Cuando ellos clamaban a Dios, Él levantaba a un juez para librarlos, y entonces había una restauración. Esto sucedió una y otra vez. Vemos esto a través de todo el libro de Jueces. Leemos acerca de Débora, Barac, Gedeón, Sansón y muchos otros. Hay un principio para destacar aquí. Cuando el poder de los jueces era grande, su liberación era grande, pero cuando el poder disminuía, el pueblo caía en manos de sus enemigos nuevamente. Ellos cayeron y fueron levantados, pecaron y fueron avivados una y otra vez. Con esto vemos un gran principio de que el pueblo de Dios no puede gobernarse a sí mismo; ellos no pueden ser independientes de Dios y ser independientes de Satanás al mismo tiempo. Esto es una imposibilidad. Ellos se tienen que postrar ante la autoridad de Dios o estar bajo el poder de Satanás; no hay una postura intermedia. Cuando ellos no estaban bajo el control de Dios, perdían por completo la posición que tenían como pueblo de Dios. Consecuentemente, ellos quedaban bajo el poder de su enemigo. Pero alabado sea Dios, porque Su pueblo no siempre estuvo bajo el poder de Satanás; hubo un avivamiento.

Ésta es la historia de Israel, y es la historia de la iglesia. Si miramos al pasado, podemos ver que cuando la iglesia llegaba a un estado muy bajo, Dios preparaba un hombre de Su elección, ponía Su Espíritu sobre él y le daba una comisión, y entonces la iglesia era avivada. Pero luego de un periodo de tiempo la iglesia decaía nuevamente; ha habido subidas y caídas, declinación y restauración, una y otra vez. Si viviera en el periodo al final del tiempo de los jueces, ¿qué habría en mi corazón, cuál sería mi anhelo y aun qué esperarí? Yo conocería la historia de los pasados años, y ahora que las cosas habían llegado a un punto bajo nuevamente, ¿cuál sería mi esperanza y por qué oraría? ¿Acaso no pediría que otro juez fuese levantado y reavivase la nación nuevamente? Soy un miembro de la iglesia y he visto su historia de ser avivada y caer una y otra vez. He leído del avivamiento bajo Lutero y de la subsiguiente mortandad, del avivamiento por medio de Wesley y de la subsiguiente recaída, de la gran marea de vida introducida por Darby y los demás Hermanos y del subsiguiente deterioro. Todos estos años la iglesia sencillamente ha estado repitiendo la historia de Israel bajo los jueces. Pero ¿qué debería esperar yo *ahora*? ¿Acaso no debería estar a la espera de algo muy *nuevo*?

En este punto venimos al primer libro de Samuel. La historia de los jueces no debería continuar para siempre; ése no es el pensamiento de Dios. El pensamiento de Dios está orientado hacia el reino y no hacia tener más jueces. Dios desea traer el reino y un Rey. En dicho proceso, Él usó a los jueces, pero Su pensamiento estaba centrado en David, y Su propósito era un *Rey*. Así que vemos la importancia de 1 Samuel; éste viene entre el camino y la meta. Éste se encuentra en el medio y representa un periodo de *transición*. En su mayoría, éste no fue

un tiempo de gran avivamiento ni de gran recaída. Lo mismo es cierto respecto a nosotros hoy en día. Aunque nuestros pensamientos siempre están centrados en un avivamiento, el tiempo de los jueces ha pasado. Tuvo sus limitaciones, mientras que el reino durará para siempre. El pensamiento de Dios no consiste en que la iglesia permanezca en un ciclo de recaída y avivamiento. Dios no nos dará muchos “fomentadores de avivamiento”; Él va a traer a Su Rey.

El primer libro de Samuel representa un ministerio, un ministerio que trae al Rey. No tenemos un juez, sino uno que fue sacerdote así como profeta. Es muy fácil para nosotros fijar nuestros ojos en los “fomentadores de avivamiento”; ellos fueron usados por Dios en el pasado como parte de un proceso, por decirlo así, pero no tienen lugar en el verdadero propósito de Dios, en traer al Rey. Dios desea Samueles.

Ahora que hemos visto el trasfondo, debemos venir a nuestros versículos. Ellos se relacionan a la historia de dos mujeres, Penina y Ana. Penina tenía hijos; Ana no tenía ninguno. Penina se burlaba de Ana al decir: “No tienes hijos; ¡mira todos los que yo tengo!”. Estas dos mujeres representan dos principios fundamentalmente diferentes; ellas representan dos ministerios fundamentalmente diferentes. El ministerio de Ana consistía sencillamente en traer al Rey, no en tener muchos hijos. El ministerio de Penina era tener muchos hijos, es decir, un ministerio que produjo mucho resultado. Penina y sus hijos son el pueblo de Dios, pero ninguno de ellos tiene nada que ver con el Rey de Dios.

Ana lloró, ayunó, oró y clamó al Señor por un hijo que sería entregado absolutamente al Señor para Su servicio. Este hijo fue aquel que trajo al Rey. Ana no tenía nada de qué estar orgullosa. Sin embargo, Penina tenía mucho de qué jactarse. Ella podía señalar a todos sus hijos y decir: “Tengo esto y aquello, todo esto y todo aquello, etc.”. Quiero decirles algo desde mi corazón. Si ustedes todavía están en la esfera de los jueces, *pueden* ser bendecidos y tener resultados, pero los ojos de Dios no estarán puestos en ustedes. Si éstos no fuesen los últimos días, tendríamos esperanza de que Penina tuviese muchos hijos más. Pero si estoy en lo correcto, éstos *son* los últimos días y los ojos de Dios están fijos en aquellos que puedan ser el medio para traer al Rey. Preguntémosnos: “¿Cuál es nuestro ministerio? ¿Tenemos nosotros parte alguna en este ministerio especial, en este ministerio de Ana?”. Algunos no tienen pensamiento alguno aparte del avivamiento. Ellos piensan que el principio de los jueces continuará hasta el fin. Pero existe el ministerio más importante para traer al Rey.

El camino de Ana no fue un camino fácil, y fue hecho aún más difícil por causa de las comparaciones y provocaciones de Penina. Aquellos que desean ser Anas tienen que prepararse para la persecución, el escarnio, los llantos y el ayuno. Este ministerio cuesta. Hay que pagar un precio porque tal ministerio llega mediante las pruebas y los sufrimientos; el mismo tiene que ser forjado en nosotros. Otros pueden comer y beber y mirar a sus hijos, pero aquí había una que ayunaba y lloraba. No es un asunto de cuántos podamos salvar, sino de que Dios obtenga Su compañía de vencedores. Dios desea obtener un pueblo que sea capaz de orar y traer el reino.

La oración de Ana fue el medio por el cual nació Samuel. Nuestras oraciones deberían tener por resultado producir vencedores. ¿Qué hemos hecho en cuanto a esto? Algunos que han obrado mucho y tienen muchos hijos dirán: “Tal parece que tú no haces nada. En el pasado podías tomar la delantera en reuniones de avivamiento y hacer esto y aquello. ¿Qué haces ahora?”. Incluso Elí, el sacerdote de Dios, no entendía a Ana. Él dijo: “¿Qué haces? Estás ebria”.

Desde el nacimiento de Samuel vemos una línea de profetas que también podían ser sacerdotes para traer al Rey. Ana tuvo un hijo, un profeta. Dios hizo mucho con Ana; Él la guió

por toda clase de dificultades. Como resultado de ello, Él logró hallar una que pudo poner a un lado la comida y la bebida y todo lo demás. Ella llegó al punto en el cual no podía seguir adelante sin tener un hijo; ella llegó al punto en el cual *tenía* que tener un hijo. El hijo en 1 Samuel 1 es el hijo varón visto en Apocalipsis 12, aquel que trae al Rey y al reino. (*The Collected Works of Watchman Nee*, t. 46, págs. 1177-1180)